

Cándidos ramos de azahares lleva.
Del granado la fruta se renueva
Oculta casi entre sus flores rojas.

El esbelto naranjo allí á su lado,
De flores blancas y de frutas de oro,
Prodiga con cuidado su tesoro,
Caer dejando el fruto codiciado.

Se enlaza al tronco del mamey gigante
La hermosa yedra de color de cielo,
Y entre la grama tapizando el suelo,
Brotan los astros de color brillante.

Bien se conoce al respirar do quiera
Esta atmósfera tibia y perfumada
Y la natura al ver tan adornada,
Que por aquí pasó la Primavera.

Pasó; ceñido en la cintura el velo
El cuerpo y la cabeza descubria;
Con candor infantil se sonreía,
Y caminaba sin tocar el suelo.

Con su hermoso vestido de colores
Con un ramo de pomas en la mano
Y en la otra su cetro soberano
Y coronada de graciosas flores.

Y su pródiga mano regó luego
Mil lindas flores de fragancia llenas,
Los jazmines, las blancas azucenas
Y astros morados, y color de fuego.

Ella abrió con sus dedos las primeras,
Y la grama sembró y el césped blando,
Y el agua de cristal corrió jugando
Al ver tan adornadas sus riberas.

Sonríose la diosa complacida
Mirando la pradera cómo aumenta

Su hermosura; mas no quedó contenta
Con verla tan hermosa y tan florida.

Regó por eso flores en el suelo
Como la lluvia gotas trasparentes,
Jacintos rojos, pléyades lucientes
Y margaritas de color de cielo.

Viendo tanto follaje y tantas flores
Y césped tan hermoso, se creyera
Que la jóven y alegre Primavera
Un nido preparaba á los amores.

No olvidó los zenzontles que se mecen
Sobre las palmas, y el oído halagan,
Ni los dulces perfumes que embriagan,
Ni los gratos arroyos que adormecen.

Forma el follaje plácidos sombríos.
Inspira todo sueños seductores.
¡Feliz quien aquí goce sus amores!
Ay ¿dónde y cuándo gozaré los míos?

Amacueca, Junio 6 de 1864.

Ramon Valle.

UN CONSEJO.

El hombre inclinado siempre á lo grande, lo sublime, lo ideal, ha dado ciertas significaciones á esas obras perfectas del Criador que llamamos flores y á la que me ocupa le ha adunado la idea de pureza, candor, castidad: efectivamente ¿quién no se encuentra trasportado al contemplar un azahar? ¿Quién, al mirarlo, no siente esa idea de pureza? Más aún si ese azahar

nos viene de un ser amado, ¿no nos representamos en él todas las gracias, todos los encantos de ese ser? Quién al aspirar su suave aroma no recuerda con delicia el perfumado aliento del único placer de nuestra alma?

Mil veces nos encontramos con pobres florecillas que despreciamos sin estudiar la fina estructura de todas sus partes; entre ellas está el azahar, rica, aunque pequeña flor con que se engalana la pura frente de la que va á ser esposa; emblema cierto con que el hombre quiere manifestar al universo la pureza de su amada.

Amamos las flores por los recuerdos que nos traen ha dicho el sentido Zarco; hé aquí una gran verdad que no hay hombre de veinte años que no haya conocido, que no haya palpado.

Pero me distraigo, tú, azahar que me inspiras, estás marchito, muerto, ¡pobre de tí!

Tu vida fué como la de la muger, de un momento.

¡Pobre muger!

En sus sueños de felicidad, la compadezco, fia en sus atractivos, sin recordar que terminan; no comprende el alma, el espíritu que es lo único que sobrevive y por el que siempre reinará y tendrá á sus plantas á cuanto en la tierra exista y tenga corazón.

¡Pobre muger!

Como el azahar fué hermosa un solo día: viene el tiempo y la deshoja, la marchita, la consume no dejando de toda ella mas que la pureza de su alma si ha sido bastante fuerte para conservarla ilesa al atravesar el escabroso sendero de la sociedad.

¡Pobre muger!

Delicada como el azahar es tu existencia.

Defiende tu pureza; guárdala entre los pliegues mas espesos de las telas de tu limpio corazón, como el azahar se defiende de las destructoras manos de los necios entre las aterciopeladas hojas del naranjo.

No dejes, no, que algun profano juegue con tu alma y la lacere como el distraído joven estruja la flor de la pureza.

Recuerda siempre que con la bondad de tu corazón haras feliz al mundo entero, como la flor de la castidad embriaga con su delicado aroma.

No olvides nunca que la pureza fué el signo distintivo de la Madre de Dios; ama el azahar que representa esa pureza; engalánate siempre con él y que sea tu flor predilecta.

Leon, 1870.—M. Leal.

LA PRIMAVERA.

¡Cuánta luz, cuántos colores
Derrama el naciente día!
La estación de los amores
Llena el aire de armonía,
Llena los campos de flores.

Con inefable dulzura
Gime el céfiro volando
Por la escondida espesura,
Y las aves suspirando
Le responden con ternura.

Al través del bosque umbrío
Pasan las ondas del río
Que las auras estremecen,
Y los álamos se mecen
Abrumados de rocío.

Vuelan y cantan las aves,
Y entre la selva, la fuente
Se desliza mansamente,
Suspirando ecos suaves
Que le responde el torrente.

Pasando de rosa en rosa,
Entre el trémulo follaje
Se agita la mariposa,
Ostentando vanidosa
Las galas de su ropaje.

Palomas y ruiseñores,
Fuentes, árboles y viento,
Todos se dicen amores,
Los céfiro y las flores,
Las flores y el firmamento.

En los últimos confines
Que limita el horizonte,
Hay vergeles y jardines,
Y hasta en la cumbre del monte
Crecen los blancos jazmines.

Todo á los ojos encanta,
Todo es espléndido, hermoso,
Todo goza, todo canta;
Pero ¡ay! entre dicha tanta
Solo yo no soy dichoso.

Todo se agita gozando
Con sonrisa placentera
Y está de amor suspirando....
Solo yo vivo llorando
En la dulce primavera.

Sus encantos seductores
No mitigan mis dolores,
Y me son indiferentes
Los árboles y las flores,
Los céfiro y las fuentes.

Con su mágica belleza
La feraz naturaleza
Mis sufrimientos no calma:
Siento en el fondo del alma
La opresión de la tristeza.

En vano entre mil fulgores,
Viene de flores ceñida
La estación de los amores,
Pues no trae entre sus flores
Ni una flor para mi vida.

Ya nada me halaga, nada,
Me hace sufrir cuanto existe,
Porque tiendo la mirada
Y todo lo encuentro triste
Como la dicha pasada.

Sin amor, sin ilusión
Y en eterna agitación,
Camino trémulo, incierto....
Mi existencia es un desierto,
Ya no tengo corazón.

Ese viento, esa armonía,
Esas flores que se mecen,
Esa sonrisa del día
Con su luz, con su alegría,
Mi corazón entristecen.

¡Ay del que llora perdida,
Lleno de afán y dolor,
Su esperanza mas querida!

¡Ay del que pasa la vida
Sin esperanza de amor!

No hay dolor que no me hiera,
Muy desdichado nací:
Nada el corazón espera:
Para mí no hay primavera,
No hay ventura para mí.

José Rosas.

LOS AMORES DE D. JUSTO.

[CONTINUA.]

Necesario era todo el poder de un pié como el de doña Agustina para que aquella oscura inteligencia se apartara por un momento de los tercios de bacalao y de los cálculos de alza y baja del azúcar y del garbanzo.

La idea de don Manuel era espantosa para don Justo.

La idea de don Manuel era casarse en segundas nupcias con doña Agustina.

III.

La señora doña Modesta Villamil y Carrasco, doncella venerable que estaba en perpetua oposicion con su nombre, era el ama de llaves de la casa, y consejera íntima de don Manuel en determinadas ocasiones.

Doña Modesta frisaba en los cincuenta años; pero estaba perfectamente conservada, y solo representaba treinta y ocho. Era alta, nerviosa y de bellísimas formas: vista de espalda parecia una escultura griega; pero de frente habria hecho estremecer á los hombres mas valerosos: su semblante era un verdadero museo de imperfecciones.

Figúrese el lector un rostro casi circular formado por una frente estre-

cha, por unos ojos pardos y pequeños, aunque vivísimos, por una nariz exageradamente ancha y por una boca grande, guarnecida de su correspondiente bigote y adornada con tres dientes amarillentos y retorcidos que se asomaban desvergonzadamente hasta tocar la parte inferior de la barbilla; figúrese el lector todo esto colocado sobre un fondo desigual de color de ocre y apenas tendrá una idea débil de aquella fealdad inverosímil.

En una noche oscura, bien habia podido servir para espantar á los niños.

La naturaleza, tan pródiga en dones con otros seres mas afortunados, habia sido con doña Modesta una madre desnaturalizada.

La edad sin embargo iba suavizando, por decirlo así, las líneas de su antipática fisonomía.

Se observa generalmente que los años que con sus huellas indelebles, estropean y destruyen la hermosura, mejoran y suelen hacer menos desagradable la fealdad.

Una jóven fea es casi siempre mas repugnante que una fea vieja. Esto debe consistir, en que como la vejez es un desórden producido por el tiempo, natural es comprenderla separada de la maravillosa armonía que constituye la belleza, en tanto que la juventud que es toda encantos y sonrisas y vida, no puede concebirse unida á las sombras de la fealdad sino por un poderoso esfuerzo de la imaginacion.

Lógico es que una anciana sea fea como es lógico que una noche sea oscura.

Pero una jóven sin belleza es como un eclipse total de sol á medio día.

Frecuente es por desgracia la union de la fealdad y de la adolescencia, pero no por eso deja de ser un fenómeno.

Frecuentes son tambien esos matrimonios monstruosos de viejos y de niñas, y sin embargo producen siempre un sentimiento irresistible de reprobacion.

En resumen: los años, verdugos implacables de todo el género humano, son amigos íntimos y cariñosos de las feas, y las favorecen extraordinariamente. Una fea que envejece, deja de hacerse singular y sorprende menos.

Esto es lo que le sucedia á doña Modesta.

Doña Modesta en sus primeros años era espantosa.

Su madre, que era muy linda, se entristecia viéndola y su padre que fué un veterano jovial y bullicioso, cuando pensaba en ella, se ponía de un humor verdaderamente detestable.

A los diez y seis años doña Modesta se colocó por casualidad enfrente de un espejo, y al verse el bigote, se puso á llorar como una Magdalena. Al principio enfurecida quiso arracárselo á tirones; pero el dolor que es un buen consejero la hizo reflexionar y cambió de resolucion; tomó luego el partido de afeitárselo cuidadosamente, pero notó que con semejante remedio se robustecía y brotaba mas espeso, y concluyó por destruirlo en la llama de la vela, no sin haberse hecho muchas y muy dolorosas quemaduras. Cada una de aquellas llagas, producía, si se nos permite espresarnos así, un cauterio en el alma de doña Modesta.

Poco á poco el sentimiento que le causaba su fealdad se convirtió en despecho, y su timidez en orgullo.

Nada hay mas salvaje, mas intransigente, mas implacable que el orgullo de las feas.

Al principio doña Modesta envidiaba la belleza, despues la odió con todo su corazon, y por último la vió con desprecio, complaciéndose en ostentar la numerosa coleccion de imperfecciones con que la habia dotado la naturaleza.

Al llegar á la edad madura, ya no intentó destruir su bigote, sino que le dejó crecer en toda su longitud, tan tupido y tan lozano que hubiera causado envidia á un granadero.

Doña Modesta habia sufrido mucho.

Detras de aquella máscara monstruosa, se ocultaba una inteligencia ardiente y bella.

Su educacion habia sido casi esmerada.

Cuando tenia diez años, perdió á su padre, y un señor muy caritativo la llevó á un convento.

Se ignora si los bigotes de la hija ó los de la madre fueron el móvil de accion tan generosa. La madre de doña Modesta, era, como suele decirse, una señora de buenos bigotes.

En el convento doña Modesta aprendió muchas cosas: hacía álbis, paliás, sobrepellices &c., bordaba al pasado, en canevá, y con chaquira, y confecionaba unas torrejás, un mazapan, un turrón de almendra y unos buñuelos de viento tan apetitosos y tan suaves que gozaban de justa fama entre las beatas golosas, los sacristanes y los mayordomos.

Cuando salió del convento tenia veinte años. Entónces pasó de un es-

tremo al otro: de la austeridad monástica, á la libertad, á la alegría mas ardiente y mas apasionada.

Su inteligencia estaba ansiosa de luz, su corazon sediento de emociones, y devoró con actividad febril cuantas novelas cayeron en sus manos. Su imaginacion, como era natural, se exaltó con semejantes lecturas.

Poco tiempo despues murió su madre y quedó nuestra amiga sola en el mundo y en la miseria. En tan amarga situacion, acordándose de las novelas que habia leído, esperaba de un momento á otro que un atrevido galan pusiera acechanzas á su virtud, resuelta á dejarse seducir.

Pero pasaron dias y mas dias y el suspirado Lovelace no se presentaba.

Entonces la conoció una beata y compadecida de su fealdad la colocó de criada en la casa de don Manuel. Allí comenzó á ser feliz.

Con su esmero en el servicio y con su paciencia, consiguió captarse el cariño de su amo, y llegó á ser primero, criada de confianza, despues ama de llaves, y por último una amiga, una consejera, casi una persona de la familia.

Todo le sonreía; pero su ambicion no estaba satisfecha, deseaba mas.

El corazon humano es insaciable.

Desde que enviudó don Manuel, doña Modesta sintió germinar en su cerebro una idea, colosal, audaz, cuya realizacion seria la página mas bella de su reinado. Esta idea, este sueño de oro, esta aspiracion que la desvelaba, se reducía á hacerse rica, casándose con don Manuel.

(Continuará.)

EN UN ALBUM.

Si encuentras una flor en tu camino,
No pises esa flor.....
En su cáliz tal vez, ángel divino,
La esperanza se esconda ó el amor.

Toma esa flor por el amor cortada
Del árbol del amor.....
¡Ay! no me la devuelvas deshojada,
Que mi alma, ángel divino, es esa flor.

Celso G. Cevallos.

EL DIAGNÓSTICO

-POR-

GUSTAVE HALLER.

TRADUCIDA EXPRESAMENTE PARA EL ALBUM

por M. Leal.

I.

—No, querido colega, por mas que digáis, nuestra ciencia apenas está en la infancia.

—Por qué? dijo el jóven Dr. Loreás acercándose á su amigo Philbert que caminaba con la cabeza baja y los ojos húmedos aún; la medicina está muy adelantada!

—Sin duda! Por desgracia lo que conocemos es muy poco comparado con lo que ignoramos.

—Lo creo así; sin embargo, no tenemos treinta años y la esperiencia vendrá.

—Nunca estoy tranquilo. Tenemos en nuestro poder armas terribles y nos servimos de ellas como lo harian los ciegos. Ah! es horrible! Estudiar, investigar siempre; hé aquí nuestro deber, deber sagrado.

—No digo lo contrario; pero..... el tiempo! el tiempo!

—Bien, admitiendo que háyamos conseguido algo, aun no hemos esploado mas que la mitad de nuestro problema, el cuerpo, es decir las causas y efectos físicos, sin pensar que el alma siendo la vida misma, todo lo que se refiere á ella le está íntimamente unido.

—Alma decís? pero amigo, hablando fisiologicamente, qué es eso?

—Oh! no disputemos por palabras! Que el movimiento sea resultado de

—91—

la perfecta funcion de todos nuestros órganos, ó que ésta misma funcion sea el resultado de un impulso desconocido; siempre existe algo inmaterial, digámosle pensamiento, si no quereis llamarle alma: pues bien, el pensamiento emana del cerebro, foco de la vida y las impresiones que recibe y las circunstancias que lo mueven pueden ser causa de muchas enfermedades.

—Ya, ya; buscais vuestras opiniones muy lejos; creo que os engañais completamente y que al contrario la enfermedad, es quien modifica el pensamiento.

—No, nunca.

—Pero.....

—No, nunca, nunca.

—Pues bien, probad lo que decis.

—Lo probaré diciéndoos, por ejemplo, por que estoy triste y abatido; porque vibran dolorosamente todos los sentimientos humanitarios que existen en mí: quereis concederme una hora?

—Sí contestó Loreás, viendo su reloj.

—Escuchadme pues.

Los dos doctores habian bajado el boulevard, y estaban en la Magdalena, en ese pequeño rincon de tierra donde cruzándose verdes follajes dejan respirar un aire puro.

Los jóvenes se sentaron sobre un banco.

—Bien, dijo Loreás, os escucho.

II.

Había entre mis clientes una baronesa d'Estanges, muger de sesenta años, coqueta, á pesar de sus arrugas y de un carácter ligero por exelencia.

Yo curaba sus neuralgias, sus jaquecas, y en general todas esas indisposiciones propias de las mujeres del gran tono.

Un dia que me mandó llamar, ví á su lado una encantadora criatura que aun no conocia yo: tendría veinte años.

—Mi sobrina.....me dijo la Sra. d'Estanges: hace dias la he visto indispuesta y, no obstante su disgusto, he querido consultaros.

La Srita. María d'Estanges, cuyo nombre supe despues, era la bella mas completa que se había presentado á mi vista; su estatura mediana sus formas redondas y agraciadas recordaban la Venus de Medicis; su pelo de